UNIVERSIDAD DE MURCIA

ACTO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DEL EXCMO. SR. DR. D. GONZALO SOBEJANO

MURCIA, 1989

ACTO DE INVESTIDURA
COMO DOCTOR HONORIS CAUSA
DEL EXCMO. SR. DR.
D. GONZALO SOBEJANO

UNIVERSIDAD DE MURCIA

ACTO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DEL EXCMO. SR. DR. D. GONZALO SOBEJANO

MURCIA, 1989

Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia
Fotocomposición: COMPOBELL, S. A. Murcia
Imprime: LERKO PRINT, S. A. Madrid

EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA, EN SESIÓN CELEBRADA EL DÍA 8 DE NOVIEMBRE DE 1988, A PROPUESTA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y PREVIO INFORME DE LA COMISIÓN DE DISTINCIONES ACADÉMICAS, ADOPTÓ EL ACUERDO DE CONFERIR EL GRADO DE DOCTOR «HONORIS CAUSA» AL EXCMO. SR. DR. D. GONZALO SOBEJANO.

SER

TEXTO ÍNTEGRO DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE INVESTIDURA, CELEBRADO EL DÍA 22 DE MAYO DE 1989.

DISCURSO DE PRESENTACIÓN DEL EXCMO. SR. DR. D. GONZALO SOBEJANO POR EL DR. D. FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA, PADRINO DEL DOCTORANDO.

Excmo. Sr. Presidente,
Excmo. y Mgfco. Sr.,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Señoras y señores,
Queridos amigos:

Cuando el Claustro de la Universidad de Murcia elegía Doctor Honoris Causa por esta Universidad a Gonzalo Sobejano estaba llevando a cabo una acción de justicia, porque recuperaba para nuestra Universidad a uno de los más prestigiosos profesores e investigadores del hispanismo norteamericano. Soy testigo, en los meses que trascurrieron desde que, en el seno del Seminario de Literatura Española, se inició la propuesta, del interés y la adhesión hacia este nombramiento de numerosos profesores y estudiosos de la Literatura Española de este y del otro lado del Atlántico. Primero, en la Universidad de Toulouse, en Francia, donde Sobejano era Presidente de Honor de un Congreso Internacional sobre Realismo y Naturalismo y al que concurrían los primeros nombres de esa especialidad literaria ingleses, franceses, españoles y norteamericanos; luego, a lo ancho de Estados Unidos, de costa a

costa, desde Nueva York, Kentucky y Virginia a los centros universitarios del sur de California en Los Ángeles. Murcia y su Universidad, a los ojos de todos, recuperaba así a su ilustre estudiante de los años cuarenta, a aquel alumno de Ángel Valbuena Prat, de Juan Torres Fontes y de tantos otros, que años después (cuarenta más o menos) había venido en viaje profesional, pero también sentimental y amistoso, a hablar en nuestras aulas de *La Regenta* de Clarín o de la Novela Española Contemporánea, esta última ocasión con motivo de un curso que produjo entre el profesorado, y nuestros alumnos de 1985, singular devoción y admiración ya ganada por el conocimiento de su extraordinaria obra crítica.

Cuando el Claustro de la Universidad de Murcia eligió a Sobejano Doctor Honoris Causa, tomaba una decisión que fomentaba nuestras relaciones e intercambio internacional de nuestro primer centro docente. Pero no sólo en este terreno hay que situar el valor de tal decisión, ya que el nombramiento de Gonzalo Sobejano suponía para muchos de los universitarios que hicimos la propuesta, sobre todo los pertenecientes a nuestra Facultad de Letras, el reconocimiento y el homenaje también hacia la figura de aquel excelente universitario de Murcia que fue don Andrés Sobejano Alcayna, el padre de Gonzalo, hombre de múltiples saberes, excelente poeta y sabio humanista, pero sobre todo eminente profesor, conocedor como nadie de Murcia y de sus más sabrosas tradiciones. Don Andrés, que fue profesor de muchos de nosotros, como recordaba Francisco Alemán Sainz, de las más variadas disciplinas, fue un hombre de la generación del 27, compañero en estas aulas de Jorge Guillén, amigo de Gerardo Diego, de Dámaso Alonso y de tantos otros. Sin embargo, no recibió don Andrés el reconocimiento de la Universidad de Murcia, a la que tantos años sirvió y amó. A su muerte, tan sólo unas páginas en la revista *Monteagudo*, escritas por ese otro gran universitario que fue Mariano Baquero Goyanes, recordaron con notable emoción y devoción su personalidad y su obra, su significación como verdadera institución entre nosotros.

Ahora, la Universidad de Murcia, llama a su Claustro de Doctores, concediéndole los máximos honores, a Gonzalo Sobejano, en quien se reúnen las virtudes también de un excelente poeta, de un magnífico humanista y de un gran hombre de letras. Y me vais a permitir, sin quebrar la obligada brevedad de mis palabras, que

haga alusión a una faceta poco conocida de entre las que completan su figura como escritor. Me refiero a su poesía. Nacido en Murcia en 1928, perteneció en sus años de estudiante al grupo de *Azarbe*, del que rápidamente se separó, ya que su poesía, muy inteligentemente, superó pronto los esquemas esteticistas que caracterizaron aquel grupo. Aunque ya había publicado, en 1948, un breve poemario titulado *Sombra apasionada*, rompe, en 1951, con *Eco en lo vacío*, los esquemas que el grupo de poetas de *Azarbe* —y él mismo— habían cultivado, basados en el virtuosismo formal y en los temas más tradicionales. *Eco en lo vacío* supone la comparecencia de una poesía existencial con todo su rigor y con un alcance metafísico considerable. En la línea de la lírica joven más avanzada, el libro plantea el sentido de la existencia individual del poeta en el mundo y su relación con los elementos, muchas veces hostiles, que le rodean. «Donde las palabras terminan ahí empieza la vida y la muerte», se dice en el poema inicial, «Bajo el silencio», expresando la inefabilidad de la propia existencia, mientras el poeta se considera a sí mismo «fragmento discorde de este conjunto desbordado».

Sobejano, que había vivido en el Madrid de finales de los cuarenta estudiando los últimos cursos de su carrera universitaria y distanciado eficazmente de la idílica vida provinciana, había captado en toda su inquietante intensidad lo que la poesía española joven era capaz de expresar en un contexto social deprimido. Con este libro, obtuvo en Murcia, en 1950, el Premio «Polo de Medina», premio con el que nuestro Doctor Honoris Causa inicia habitualmente la redacción de su currículum universitario, jalonado por el éxito, pero también por la distancia de esta Murcia que ahora lo recupera. Estudiante en Madrid, con Dámaso Alonso, Rafael Lapesa y el joven Muñoz Cortés, fue becario en París en el Instituto Francés, y en 1951 marchó a la República Federal Alemana a iniciar en Heidelberg su importante carrera universitaria, que había de seguir en Maguncia, Colonia y, a partir, de 1963, ya en EE.UU., en Columbia University en Nueva York, donde hizo sus primeras armas americanas como Profesor Asociado. Luego vendrían la Universidad del Estado de Nueva York, Pittsburg, en Pennsylvania, y finalmente, hasta 1986, la de Filadelfia. Hasta ese año es invitado como Profesor Visitante en importantes centros universitarios: Queens College, Middlebury College, nuevamente

la Universidad de Colonia, y las de Maryland, Princeton y Berkeley en California. Desde 1986 ocupa la cátedra de Literatura Española Contemporánea, en la misma Universidad en la que comenzó su carrera norteamericana, la prestigiosa Columbia University, en Nueva York.

Galardonado con importantes premios y distinguido con prestigiosas becas universitarias americanas, como la John Simon Guggenheim o el Lindback Award for Distinguished Teaching de la Universidad de Filadelfia, en su haber posee premios españoles de los que se siente especialmente orgulloso, como el Premio Nacional de Literatura Emilia Pardo Bazán o el Laurel de Murcia, de nuestra Asociación de la Prensa, de 1971, o el grado de Comendador de la Orden de Isabel La Católica, concedido por S.M. el Rey de España de 1986.

Ni qué decir tiene que Gonzalo es autor de una nutrida obra de investigación literaria, histórica y crítica, sobre Literatura Española, que se concentra en más de cien monografías publicadas, ediciones de clásicos y modernos y obras de conjunto muy originales y valiosas. Desde su primer libro, *El epíteto en la lírica española*, a *Forma literaria y sensibilidad social* o a *Nietzsche en España*, Sobejano ha tratado temas muy diversos de nuestra literatura especializándose en el estudio de nuestra novela más reciente (entre cuyos libros destaca *Novela española de nuestro tiempo*) o en la novela del siglo XIX (con libros como *Clarín en su obra ejemplar* y ediciones críticas magistrales de *La Regenta*, Galdós, Delibes, etc.). Estudioso también de nuestro siglo de oro, son básicos sus libros sobre *Quevedo* o *La prosa de ideas en nuestro siglo de oro*, o sus estudios sobre Cervantes, Lope, Mateo Alemán, Gracián, etc..

Hoy, la Universidad de Murcia se siente orgullosa de contar con este valioso «scholar» entre sus doctores y de que este ilustre murciano, que ya regresó en 1984 a sus aulas, vuelva a estar entre nosotros. Pero no quiero terminar mis palabras sin expresar un sentimiento personal de especial afecto hacia Gonzalo y recordar, en este momento tan solemne para él y para todos nosotros, a quien fue su compañera durante más de treinta años, a la amable y generosa Helga, cuyo cariño hacia todos los amigos de Gonzalo y su peculiar y abierta simpatía, hoy nos acompañan con su inolvidable recuerdo.

En este momento tan histórico, Excmo. y Magfco. Señor, para nuestra Universidad, en que Gonzalo Sobejano, venido de la América del Norte, recibe su doctorado junto al gran novelista Ernesto Sabato, universal creador de mundos de ficción e intelectual y ciudadano prestigioso, venido de la otra América, de la nuestra, sean ya las palabras dichas en nuestra lengua madre de civilización, en ese latín que Gonzalo y yo estudiamos de adolescentes en nuestro Instituto Alfonso X el Sabio, las que inicien el rito antiguo y entrañable con que la Universidad concede sus máximos honores.

Rector Magnific, hanc doctissimi viri domini Gonzalo Sobejano praeclaram vitam eiusque sapientiae...

DISCURSO DEL EXCMO. SR. DR. D. GONZALO SOBEJANO CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» EN LETRAS POR LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

Queridos amigos de la Universidad y de la ciudad:

«Quien eres, tu vida era». Así concluía el soliloquio de Luis Cernuda en su «Nocturno yanqui», poema comentado por mí en cierto trabajo desconocido en España, uno de los que estoy menos insatisfecho de haber escrito. Lo publiqué en Norteamérica, donde la elegía de Cernuda fue sentida y pensada durante una de esas noches de invierno, desiertas, en que el insomnio resulta ser la más apremiante forma del exilio, sea éste elegido o forzoso.

«Quien eres, tu vida era». Así inicio estas palabras de agradecimiento a la Universidad de Murcia por haberme otorgado una distinción que yo no merezco por mí solo ni por los frutos de mi actividad, pero que acaso merezca a juicio de esta Universidad como tributo a una familia aquí nacida.

Es este un modo de significar que no voy a dirigirles una lección de cátedra, sino una declaración personal situada emotivamente entre Murcia y el mundo.

José María Sobejano López, mi abuelo, a quien no llegué a conocer, era un pintor de costumbres murcianas, valioso y modesto: Murcia le dedicó una calle. Andrés Sobejano Alcayna, mi padre, fue un humanista atento a la cultura del mundo a través de

su amor a la cultura murciana, y era igualmente valioso y modesto: tiene en Murcia una calle. Nieto de aquél, hijo de éste, y hermano menor (de edad y en cualquier cosa) de todos mis hermanos, yo soy un errante profesor que ha podido proyectar hacia estudiantes de otros países el amor a la lengua que aprendí de mi madre, el amor a la poesía que aprendí de mi padre y el amor a la tierra que aprendí de mi amada. Un profesor andante que no tendrá nunca en Murcia una calle, pero que recibe ahora de su ciudad natal, de su Universidad primera, la honrosa prueba del efecto profesado a mi familia y, por eso, también a mí. Gracias.

Debo este honor a generosos amigos de edades diversas: unos que fueron mis maestros, otros de quienes hubiera querido yo ser compañero, y otros que fueron o podrían haber sido alumnos de mi padre y, si hubiese yo permanecido en Murcia, alumnos míos también.

El valedor efectivo del honor que en nombre de mi familia recojo, Franciso Javier Díez de Revenga, fue alumno de don Andrés Sobejano, y por su edad todavía juvenil pudiera haberlo sido de quien les está hablando. Él ha intentado justificar el título que el claustro de esta Universidad me concede, y no debo dejarle, por lo que a mí se refiere, en mal lugar.

He hablado de modestia, palabra que viene de «modo» y no señala humildad ni timidez (extremos perdonables, pero de escasa aceptación pública): indica solamente la percepción del propio límite, cierta sencillez de la que brota «una tranquila afectuosidad hacia los demás, unida al mismo tiempo a una noble confianza en sí mismo y una razonable estimación propia» (en palabras de Kant).

Amando a nuestros semejantes, engendrando hijos de la carne o del espíritu, laborando en aquello para lo que cada uno sirve, todos actuamos impulsados por la misma voluntad: merecer más amor, sufrir menos olvido. Premie o no algún Dios este impulso, encaminándonos al logro de la finalidad, el móvil que alienta al hombre desde sus juegos infantiles hasta sus reflexiones últimas, no es otro: sufrir menos olvido, merecer más amor.

Consciente del límite, como mi abuelo y como mi padre, creo haber amado siempre la poesía de la vida y del lenguaje. Urgido a expresarme, en verso o en prosa, como mi padre, seguí su ejemplo. En el liro de Andrés Sobejano *Sombra y vislumbre* (1960), que recogía de su abundante producción dispersa un ramo florido de

poemas íntimos, elegíacos y eróticos, de sonetos y de himnos, figura una composición en la cual —modestamente— invocaba él como prototipo suyo a Calímaco, el bibliotecario alejandrino que cantó las ondas del cabello de Berenice. De adolescente, gustaba yo con afinidad luego inmarchitable de la poesía de Juan Ramón Jiménez, a quien leí desde niño gracias a mi padre, amigo y colaborador del murciano Juan Guerrero Ruiz, el secretario de los secretos de Juan Ramón. A mi padre le deleitaban por igual Horacio y Virgilio, y yo, que siempre admiré su elegante eclecticismo, prefería —apenas sensible a las auras de Horacio— el oleaje espléndidamente oscuro de Virgilio. Un hijo siempre debe diferenciarse de su padre, como un ciudadano distanciarse de su ciudad, aunque sólo sea un poco.

Amaba mi padre el mundo desde Murcia; yo he seguido amando a Murcia desde otras latitudes que el destino me llevó a recorrer. Salí a París en 1950. Tomé al año siguiente el camino de Alemania por consejo de mi más respetado maestro, Dámaso Alonso, y allí conocí a Helga, que pronto sería mi compañera, y de cuya radiante presencia la muerte me ha privado hace sólo unos meses. Me alejé —nos alejamos— todavía más, en 1963, para arribar a Estados Unidos (Nueva York) por mediación de otro maestro: Joaquín Casalduero.

El profesor alemán Harri Meier, director de Seminario Románico de Heidelberg cuando llegué yo a aquella ciudad —tendida entre el monte y el río— en noviembre de 1951, había sido (según él me confesó mucho tiempo después) lector de alemán de la Universidad de Murcia en 1928, y aquí recordaba haberme visto dentro de un cochecito infantil, a la puerta de la Biblioteca de la que era director don Andrés Sobejano. No es extraño, pues, que si apenas nacido ya estaba yo en el patio de esta casa, habitando su claustro, la Universidad de Murcia estime a la familia Sobejano tanto como para confiarme a mí un galardón que es justo, además de cariñoso, para mi padre, y que yo ahora cosecho en su nombre y en el mío con gratitud perpetua hacia los liberales amigos que lo han promovido y sustentado.

En esta Universidad trabajó don Andrés Sobejano, licenciado más docto que muchos doctores, prodigando durante cincuenta largos años sus saberes varios y su asidua docencia: como bibliotecario-archivero-arqueólogo; como profesor de latín, francés, litera-

tura, paleografía; como diligente secretario de la Facultad de Filosofía y Letras; como poeta, como murciano, como maestro de una benevolencia machadiana. No sólo se parecía a Antonio Machado en la benevolencia, sino también en el torpe aliño indumentario, y un entrevistador de don Andrés le describía «acaparada su atención por el trabajo y sin preocupaciones por la moda masculina». También se asemejaba a Antonio Machado en el melancólico recogimiento de algunos de sus poemas, aunque en otros resplandezcan cualidades más acordes a las de un Lope de Vega: la entregada fe en Dios, una sensualidad transida de sentimiento y de alma, y el afán de labrar bien el verso y la estrofa, como Isidro Labrador los surcos de sus campos. Uno de los mejores amigos de la familia Sobejano, Enrique Tierno Galván, trazaba en estas líneas el perfil de mi padre: «Me veía con frecuencia con don Andrés Sobejano, una de las personas de perfil más nítido que he tenido ocasión de conocer. Era un barroco puro, como barroca era entonces la ciudad. Yo le entendía desde el modelo lopesco. Se me asemejaba un Lope de Vega redivivo en cuanto a su actitud y conducta. Católico fervoroso, oía misa y comulgaba. A la par, era hombre extremadamente sensual y las dos capas de su personalidad se integraban sin que apareciesen nunca contradicciones, al menos externas, y yo creo que tampoco las había internas. Muy buen conocedor del latín, poeta fino, resultaba una anomalía por una parte y por otra, el producto necesario de la propia ciudad» (*Cabos sueltos*, Barcelona: Bruguera, 1981, 160-161).

En esta misma Universidad de Murcia cursé yo los dos años primeros de la carrera, entre 1945 y 1947, guiado por maestros a quienes debo inolvidable estímulo: Ángel Valbuena Prat, Juan Torres Fontes, Antonio de Hoyos, el mismo Andrés Sobejano. Ellos me enseñaron literatura y humanidad, historia y humanidad, griego y humanidad, latín y humanidad. Eran años de escasez, confusión y aislamiento, pero también de juventud, siempre esperanzada. Y en revistas locales o vecinas algunos jóvenes publicábamos poemas, y aquellos jóvenes y otros pronunciábamos conferencias en el «Aula Saavedra Fajardo», y a la mañana siguiente saboreábamos la delicia de leer en «La Verdad», acerca de nuestras conferencias, las reseñas que al periódico habíamos llevado nosotros mismos. Recuerdo en aquel grupo a Antonio Crespo, a Carlos Talamás, a Adrián Miró, a Ángel Valbuena Briones. La Universidad me había

dado una bolsa de viaje para un cursillo de verano en Santiago de Galicia, y yo, que sentía la atracción de lo lejano, fui a Santiago, hice con aplicación aquel curso, creí enamorarme de una esbelta muchacha que llevaba el mismo nombre del pórtico de la catedral que se veía desde la ventana de su casa, y, de vuelta en Murcia, preparé para el «Aula Saavedra Fajardo» una conferencia sobre Rosalía de Castro, mujer, poeta y nacida en aquella verde tierra acariciada por la lluvia. El aula estaba llena, y yo creía pronunciar el gallego escrito de Rosalía con tanta soltura como el murciano oral de mi madre, ya desaparecida, y de mis hermanas. Al terminar aquella conferencia, el médico de nuestra familia, don Fulgencio Cano, observante de la regla de oro de la ecuanimidad, me dijo: «Gonzalico, tienes el don de hablar a un auditorio, y es un don que debes cultivar». Decía esto don Fulgencio a quien había tenido fama de niño muy callado. No menos que esta aprobación me emocionó la de mi padre, más expresiva que nunca. Don Andrés no estaba descontento de la prueba de su Benjamín (así me llamaba en tarjetas postales escritas desde la cárcel, ocho años atrás, en medio del caos de la guerra).

Evoco estos pequeños sucesos porque me enseñaron mucho en poco tiempo. Vi entonces en Murcia, entre mis compañeros, que el mundo se dilataba. Podría yo hablar, no sólo a una persona querida, sino a un grupo numeroso de oyentes: sin encogimiento, con serenidad, con voluntad de persuasión. Podía así empezar mi destino de profesor, inseparable para mí del aliento de la poesía, escrita o vivida, de palabra o de hecho.

He publicado algunos libros. En uno estudié la transformación de la antigua retórica en moderna estilística tomando como objeto la función del adjetivo en la poesía española. Más tarde, en Alemania, emprendí la exploración de los efectos del pensamiento de Nietzsche en la literatura de nuestra época, y este libro, consultado por cuantos se ocupan del modernismo y del 98, lo dediqué a mi amada.

Fue componiendo luego estudios de varias proporciones, y con el volumen *Forma literaria y sensibilidad social* quisiera creer que di un paso no inútil a favor del examen relacionado de la realidad social y la estructura y el lenguaje de los textos literarios. Posteriormente acompañé como crítico a los novelistas de mi promoción (los niños de la guerra) y a otros, mayores y más jóvenes, dedicán-

doles una atención que no era entonces habitual entre los críticos universitarios. El libro *Novela española de nuestro tiempo* obtuvo un premio nacional, se reeditó aumentado y corregido en 1975, y volveré a publicarlo, más corregido y aumentado, si vivo el tiempo suficiente.

Hice más tarde, de *La Regenta* de Clarín, la primera edición cuidadosa que esta gran novela del siglo XIX estaba reclamando, y que es la que ahora leen y traducen en Inglaterra, Francia, Portugal, Suecia. Al mismo Leopoldo Alas consagré luego *Clarín en su obra ejemplar*, libro acerca del cual un entendido profesor francés ha dicho que es el más completo y sintético sobre tal escritor. Edité críticamente otras obras, del propio Clarín, de Octavio Picón, de Miguel Delibes (amigo incomparable), y preparo otras de Galdós y de Valle-Inclán. Quizá más satisfecho que de los libros estoy de algunos artículos, entre más de cien, dedicados a autores de mi preferencia: Mateo Alemán, Galdós, Azorín, Baroja, Benet, Sánchez Ferlosio o el murciano Miguel Espinosa, entre los novelistas; Lope de Vega, Quevedo, Antonio Machado, Cernuda, Claudio Rodríguez, Ángel González, entre los poetas; Valle-Inclán entre los autores dramáticos. Y de estos estudios mis predilectos serían los que versan sobre Ana Ozores, la Regenta, mujer solitaria; sobre Manuel Moreno-Isla (el enamorado de Jacinta en la más ambiciosa novela de Galdós), hombre solitario; sobre el «Nocturno yanqui» de Cernuda, conciencia solitaria en medio de la noche del mundo. He reunido en libro algunos de estos trabajos, y a otros daré próxima y ya prevista acogida en uno o en dos volúmenes, si a ello me animan mis amigos. Para mí la esencia de la poesía consiste en contemplar la apariencia, descubrir su verdad y amarla con palabra de amor viva, y el problema que, como estudioso de la expresión literaria, más me ha preocupado ha sido el tránsito de la plenitud inmanente del sentimiento a la plenitud trascendente del texto poético.

Tal vez más que estas publicaciones me satisface el ejercicio de la enseñanza, lo principalmente considerado por esta Universidad al distinguirme. Enseñé diez años en Alemania y vengo enseñando desde hace veintiséis en Estados Unidos. He tenido la fortuna de instruir y orientar a alumnos excelentes, ya profesores muchos de ellos. Y me consuela haber podido ser útil a personas que hoy me agradecen los desvelos con afecto filial y yo a ellas su lealtad con

afecto paterno. Vuelvo así, para terminar, a mi padre; vuelvo a Andrés Sobejano.

En su discurso «Don Andrés Baquero o la sofrosine» (1958) tributaba Andrés Sobejano a aquel padrino de la Universidad de Murcia, maestro de literatura y bellas artes y «pontífice máximo del auténtico murcianismo», el homenaje más sustantivo que un discípulo puede ofrecer a su modelo. Al definir lo que el humanista Andrés Baquero significaba para su sucesor, venía éste a condensar lo que él mismo habría de representar para tantos jóvenes murcianos en las aulas de esta Universidad y del Instituto:

> ...el humanismo imprime carácter, suaviza y tornea nuestras reacciones, impone normas sabias y dúctiles, unge de probabilidad y compostura el pensamiento y la voluntad, a través de la decantación filológica y erudita, de la interpretación y sugerencia de los textos clásicos que son su cardinal estructura; y por eso, Baquero, neto humanista bien formado, a pesar de su interior fogoso, de su vehemencia natural disimulada, estaba siempre como contenido y frenado por ese bálsamo sedante de su educación mental y la asimilación perfecta de las Humanidades doctrinales que en él latían y que él profesaba: «Est modus in rebus»; y también en las personas, podríamos añadirle a Horacio.

Reaparece aquí la modestia a la que antes hice referencia: «Est modus in rebus» (Sat. I, 1, 106): hay en las cosas —y en las personas también— un modo, una medida, y esta moderación la fomenta y la configura el estudio de las Humanidades.

De Andrés Sobejano escribió el noble prosista murciano José Ballester: «En el campo de las humanidades supo siempre destacar, recogiendo el aroma de los más exquisitos frutos de todos los tiempos, y libando los néctares de literaturas de pueblos diversos, pero con predilección por los clásicos griegos y latinos y los franceses casi inmediatos a hoy» («La Verdad», 22 mayo 1960).

Iba Andrés Sobejano para catedrático de Lenguas Clásicas, su gran inclinación; pero su vocación a la bibliografía le llevó al Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios. Enseñó, sin embargo, latín y otras materias humanísticas durante el medio siglo de su actividad docente. Tuvo muchos alumnos y discípulos, y a él le alegraba

particularmente que uno de los más agradecidos hubiese sido el dramaturgo Alejandro Casona, al que dedicó una meditación póstuma.

Además de humanista universitario, mi padre fue un escritor, si no prolífico, constante y polifacético. Se estrenó como periodista a los catorce años y nunca dejó de colaborar, espaciadamente, en publicaciones periódicas de la ciudad y de la región, como «El Tiempo» y «La Verdad», entre otras. A los veintidós años podía firmar lo mismo un artículo sobre «La procesión del Perdón» que una marina literaria como «Cabo Cervera», fechada en Torrevieja, predilecto escenario de sus veranos. Por 1913 y 1914, desde Granada, donde su primer destino fue la Biblioteca Washington Irving en el palacio de Carlos V, en la Alhambra, enviaba a «El Tiempo» colaboraciones sobre las fiestas granadinas, sobre Andrés Manjón y sobre Alonso Cano, o acerca del estreno de *Aben-Humeya* de Francisco Villaespesa. Y ya, a lo largo de su fecunda vida, los lectores murcianos verían continuarse las prosas cultas y sensitivas de Andrés Sobejano en torno a asuntos litúrgicos o procesionales, tan de su gusto, o un manifiesto de férvida adhesión a Rubén Darío (1924), o un artículo sobre la última novela de su venerado Gabriel Miró (1928), o glosas al Misterio de Elche, o una ensimismada divagación acerca del asomar y subir de la luna de agosto sobre nuestro Mar Mediterráneo —ruborosa al principio, amarilla luego, argentada por último—.

Más acostumbrados que a estas prosas se hallaban los murcianos, en vida de mi padre, a la aparición, en diarios y revistas, de sus siempre emotivas, bien talladas y fulgentes composiciones en verso, que otro poeta más preocupado de su nombre hubiese recogido en varios tomos, pero que él sólo accedió a espigar en la breve muestra de su *Sombra y vislumbre* (Premio Polo de Medina 1959), libro entre parnasiano y neorromántico que él mismo definía así: «Es como un vago y sintético reflejo de la vida, en la que el dolor y la muerte, o la desilusión, ponen una zona densa de sombra. Pero un alto sentido espiritualista deja ver unos vislumbres de inmortalidad. La muerte no es en realidad sino un cambio de vida. La primera parte es de doliente nebulosa y rito íntimo. Vienen luego la fe y el amor» («La Verdad», diciembre 1959).

La poesía de Andrés Sobejano, de un modernismo acendrado y sin alardes, está por compilar y por ser apreciada debidamente en

conexión con la de su íntimo amigo, muerto en plena juventud, Isidoro Solís, autor de un libro señero: *Ofertorio sentimental* (1919). Confío en poder servir a la causa de tan justo recuerdo.

Fue también mi padre un inspirado erudito, siempre atento a la historia de Murcia y al desarrollo de las artes en su región y en su capital. En 1925 pronunció en la Sociedad Económica de Amigos del País, y la publicó al año siguiente, una magistral disertación sobre «El argumento artístico en la cuestión de la regionalidad murciana», y a menudo dedicó páginas doctas e iluminantes a nuestra catedral y a escultores y pintores de la comarca: Salzillo, Juan González Moreno, Pedro Flores, otros. «Su biografía del Cardenal Belluga, publicada en 1962, es una muestra de medida y de estudio», escribió Francisco Alemán Sainz en su semblanza «Andrés Sobejano o la ciudad natal» («Boletín de Información del Excmo. Ayuntamiento de Murcia», 76, enero 1973, p. 27). Con esmero de latinista y experiencia de poeta, tradujo al español el *Florilegio de la Versificación* del Licenciado murciano Francisco Cascales (1964), y nunca dejó de manifestar por escrito su aprecio de figuras culturales de Murcia o estrechamente relacionadas con nuestra ciudad: Julián Alcaraz, José Alegría, José Ballester, Antonio Gallego Burín, Nicolás Ortega Pagán, José Pérez Mateos, José Sánchez Moreno, Fernando Valls y Taberner, entre otros. Fue Secretario de la Academia Alfonso X el Sabio de Murcia, y miembro correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Academia de Buenas Letras de Barcelona.

Enamorado no sólo de su ciudad, sino de todo el Sudeste español, y con especial fervor —mironiano— de las tierras de Alicante, en su interior y en su marina, conocía estos paisajes y estas gentes con deleitosa compenetración, y dada su buena fama, dado su trato hospitalario, no había forastero ilustre que no tuviese por amigo a Andrés Sobejano (desde Ramón Pérez de Ayala o Ramón Menéndez Pidal, hasta Gerardo Diego o Jorge Guillén).

En su cordial e ingenioso retrato literario de mi padre, el excelente pintor murciano Luis Garay, que señalaba entre otros rasgos de aquél su rostro de sacerdote, su afición a los toros, su simpático desaliño personal y sus ojos «caídos, como cansados», reveladores de «un alma inmensa de Gran Poeta», escribía también:

Si Juan Guerrero fue «Cónsul general de la Poesía», So-

bejano es por derecho propio, introductor de todas las misiones intelectuales o artísticas que llegan a Murcia.

Y agregaba Luis Garay:

> Todos los años espero sus versos en la página extraordinaria que el diario murciano «La Verdad» le dedica a la Virgen de la Fuensanta el día de su romería al monte, todos los años cumple puntualmente su ofrenda con la más fina fragancia de su corazón.

Porque mi padre tenía dos amores muy arraigados: el amor a la poesía y el amor a la Virgen de la Fuensanta. Preguntado por un entrevistador en 1960, nueve años antes de su muerte, si como poeta había sufrido alguna contrariedad, respondió: «La mayor de mi vida: No haber visto premiada mi poesía en el concurso convocado para elegir la letra del Himno de la Fuensanta» (A. Gómez Muelas, «La Verdad», febrero 1960).

Padre querido. Tú seguramente veías en la Virgen de la Fuensanta a la madre de Dios, a la madre de los murcianos, y simbólicamente, a tu madre, a tu amada, a tus hijas. Tú escribiste a la Virgen de la Fuensanta, con la más fina fragancia de tu corazón, un himno, y aunque antes y después obtuvieras premios muy merecidos, aquella vez no lo alcanzaste. ¿Sería por eso por lo que, allá en 1952, estando yo —todavía solitario— en Heidelberg me pediste un poema a la Virgen de la Fuensanta para publicarlo en un periódico de Murcia? Yo escribí siete liras a la Virgen sólo para que te gustaran a ti. Te gustaron, y las publicaste en aquel periódico, haciendo además una tirada aparte. En aquellas liras, que iba yo recitando en mi mente mientras caminaba hacia el Puente Viejo de Heidelberg, cantado por Hölderlin con mágico equilibrio, pedía yo a la Fuensanta («Rosamadre de oro») que amparase a su hijo para que no perdiera en la soledad, y me parecía a mí reconocer en aquel puente de Heidelberg el murciano Puente de los Peligros (por donde todos los años pasaba la Virgen en su romería), y veía en el nombre de este puente de Murcia la imagen del tránsito de la vida: «Apiádate, Señora, / de Dios mística urna, / ramo perenne, luminaria plena, / esquife abriendo aurora / a esa onda nocturna / que bajo el puente de la vida suena».

Pocos días antes de tu muerte, cuando, sin sospecharla tan cercana, te visitamos en nuestra ciudad, tú me dijiste (y habían transcurrido ya casi veinte años) que aquel poema que yo escribí porque tú me lo habías pedido, era el mejor dedicado por un poeta murciano a la Virgen de la Fuensanta. Bien comprendí que no decías esto como árbitro de valores ni como jurado de un concurso, sino sólo como padre; y por eso tu elogio me colmó de orgullo. Tú mismo habías puesto como subtítulo de aquellas liras «Recuerdo homenaje de un murciano ausente», pues siempre te preocupaba mi lejanía.

En una carta tuya —la última—, del 27 de octubre de 1969, testimonio conmovedor de tu clarividencia premortal y de tu cariño paterno, tú, que siempre tuviste en tu prosa expositiva o epistolar una sintaxis equilibrada, armoniosa, reminiscente de Cicerón y de Cervantes, nos decías a ella y a mí con frases entrerrotas por el sentimiento:

> Haced el propósito de escribirme aunque sea con nimiedades, en esta larga ausencia que se aproxima, y que así se me antojará más corta. Yo os tendré al habla y al cuidado de todo. De cualquier cosa que publiques, dame noticia exacta o copia. En fin me fundo en tu espíritu y vivir más contigo.– Rechazo daros el contagioso melancólico adiós. Dios sobrevuela todo. Hasta siempre...

¿Con qué método, padre, sería yo capaz de explicar a mis alumnos la construcción destruida de esa frase tuya: «Me fundo en tu espíritu y vivir más contigo»? ¿A qué auditorio —numeroso o singular— podría moverle a creer en la verdad posible de esa otra frase tuya: «Dios sobrevuela todo»?

No asistido por la luz de la fe, ilusionado solamente por vislumbres de esperanza remota, yo me imagino que la Virgen de la Fuensanta solicitó de su Divino Hijo que inspirase a estos compañeros nuestros la idea de ofrecernos la distinción universitaria que tú mereces por ti solo y que yo sólo a través de ti merezco. Dios nos contemple a todos, y su Madre, nuestra madre, la mujer eterna, la amada inmóvil, nos depare buen albergue de olvido en su manto de sombra melodiosa.

Mayo 1989

DISCURSO DEL EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO SOLER ANDRÉS, RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

Tras todas las voces, oídas, ajustadas en sus objetivos, elocuentes, bellas en la expresión, como cabía esperar de quien vinieron, sólo me queda expresar la satisfacción de esta Universidad al recibir a los dos nuevos Doctores Honoris Causa.

El acto de hoy puede considerarse, entiendo, como un auténtico homenaje a la belleza y universalidad de nuestra lengua.

Lengua hablada, escrita, enriquecida, desde la hermosa Argentina para todo el mundo por Ernesto Sábato.

Un hombre que supo también, por la entereza y honestidad de sus actitudes personales, ser un símbolo para la renacida libertad de su país.

Lengua estudiada, enseñada, difundida en Estados Unidos por Gonzalo Sobejano, ¿cabe pensar en más hermoso objetivo para la rica ejecutoria de este español murciano? De quien ostenta un apellido ligado a esta Universidad y estimado por quienes llegamos a conocer la personalidad de don Andrés.

Hoy, considerando la acertada decisión de nuestro Claustro, os pedimos que os sintáis vinculados al mismo y a las inquietudes de esta Universidad.

Con esa ilusión os hemos abrazado. Sed bienvenidos.